

# BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo. Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

(GEN. CAP. II, VERS. 2 Y 3)

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la Ley de Dios.)

## LA BLASFEMIA.

¿Quién puede acusar de pecado á Jesucristo? ¿Quién puede argüirle de falsedad? Hé aquí dos palabras que ninguna boca humana pronunció antes de Jesucristo y que nadie pronunciará jamás. Sólo Éles la verdad, la vida y la santidad. Por eso dirige á sus enemigos este reto sublime: ¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? Si os digo la verdad ¿porqué no me creéis? El que es de Dios, oye las palabras de Dios; por eso vosotros no las oís, porque no sois de Dios. Si Jesucristo es la verdad y predica la verdad, debe ser creído; si es la santidad infinita y eterna, si todos sus actos llevan el sello de la santidad, sino puede señalarse una sola mancha, ni el más pequeño lunar, ni la más leve sombra en el blanco lienzo de su vida, debe ser amado.

El que es de Dios, oye la verdad de Dios y se abraza con ella; el que es de Dios, ama á la santidad de Dios y la imita para ser santo y perfecto como su Padre que es

tá en los cielos. Por eso los fariseos no oían la palabra de Dios, porque no eran de Dios sino del diablo. Por eso respondieron y dijeron: ¿No decimos bien nosotros que eres samaritano y que tienes el demonio? ¡Horrible blasfemia! Jesucristo, que es la verdad y la santidad, léjos de estar en relaciones con el demonio, que es el padre de la mentira y del pecado, ha venido á destruir el reino del demonio y levantar sobre sus ruinas el reino de Dios. No pasemos adelante para concentrar todas nuestras fuerzas en la importante tarea de poner ante los ojos de los cristianos el horrible pecado de la blasfemia. Es tan grande la deformidad de este pecado y se ha hecho tan general que no hay palabras bastante expresivas para anatematizarlo ni penas bastante duras en los códigos humanos para reprimirlo y castigarlo. Siendo la blasfemia el lenguaje del infierno, sólo el infierno con todos sus horrores puede ser condigno castigo del más horrendo de los pecados. Si la sociedad moderna no se apresura á cerrar la boca y á romper

en mil pedazos la pluma de los blasfemos, sobre sus males presentes, que ya son muy grandes, han de venir más tarde ó más temprano calamidades in cuento, y catástrofes horrendas. Ojalá pudiéramos presentar el pecado de la blasfemia en toda su horrible deformidad; pero ya que nos falta el tiempo y carecemos de la elocuencia necesaria al efecto, pondremos á contribucion todas nuestras fuerzas y pediremos al Espíritu Santo su pincel, á la Santa Escritura sus colores, á los profetas su voz de trueno, á los Santos Padres sus maldiciones y á las almas cristianas sus lágrimas, sus oraciones y su cooperación para desterrar el pecado de la blasfemia.

Vamos, pues, á describir la gravedad de este pecado, su extension en nuestros dias y sus horribles consecuencias.

Desde luego no tememos afirmar que todo pecado es leve, si se compara con la blasfemia. El que pone su boca en el cielo, comete un crimen cuya enormidad sobrepuja la gravedad de los pecados más horribles. Porque si es gravísimo y horrible el pecado de infidelidad; si los infieles y paganos ofenden á Dios, si hablan de Dios cosas falsas y le atribuyen cosas absurdas, repugnantes y ofensivas, creen quizá de buena fé ser verdad lo que dicen de Dios y agradables los homenajes que le tributan; pero el cristiano que blasfema de Dios, y de sus obras, habla lenguaje de vilipendio, de menosprecio y de negacion impía contra la verdad que profesa. Los cristianos blasfemos son peores que los judíos, que los paganos y los infieles.

Muy grave es el pecado de homicidio, más grave que la blasfemia si se atiende á los daños materiales, porque el homicidio arrebatá á su prógimo el bien de la vida, que es el mayor de los bienes temporales, y el blasfemo no puede dañar á Dios con sus blasfemias. Pero si se mira al objeto de uno y otro pecado, más grave es la blasfemia que el homicidio, toda vez que el homicida, aunque matando á un hombre, ofende á Dios, intenta principalmente ofender al hombre, pero el blasfemo ataca á Dios directamente y en cuanto está de su parte le arroja de su trono y atenta contra su vida cuando lanza contra el Señor de los cielos la saeta envenenada del ódio en forma de maldicion y de blasfemia.

No hay pecado en el mundo más grave, ni lo habrá más horrible en el curso de los siglos, que el consumado por los judíos en la cumbre del Calvario. El deicidio, es decir, la muerte de Jesucristo, Dios y hombre verdadero, es el crimen más horrendo que se registra en los anales del crimen. Cuando tuvo lugar la sangrienta tragedia del Gólgota, los cielos se oscurecieron, la tierra se estremeció y hasta las piedras se hicieron pedazos en señal de luto y como grito de execración y de protesta contra los verdugos del Hijo de Dios. Hemos dicho que el pecado de los judíos, crucificando á Jesucristo, es el más espantoso de los crímenes que han cometido los hombres y que ya no se cometerá otro semejante sobre la tierra. Hemos dicho mal, porque los blasfemos son más criminales que los verdugos de Jesús. Si; los cristianos que blasfeman de Dios

y de su Cristo, cometen pecado más repugnante, más horrendo y más execrable que los crucifijos del Hombre-Dios. ¿Habrá quién califique de hiperbólicas ó exageradas las frases que dejamos dichas en forma de queja amarga y con dolorido acento? Pues la idea no es nuestra ni siquiera la expresión de la idea. Oigamos á S. Agustín: Hablaba á los fieles contra el pecado de la blasfemia y les decía: Más pecan los que blasfeman de Cristo, ahora que está triunfante en los cielos, que los verdugos que le crucificaron cuando vivía en la tierra. *Plus peccant blasphemantes Christum regnantem in cœlis quam qui crucifixerunt eum ambulantes in terris.* Y la razón es concluyente. El pecado aumenta ó disminuye su gravedad á medida que es mayor ó menor el conocimiento de quien lo ejecuta. ¿Quién conoce mejor á Jesucristo, los judíos ó los cristianos? El Apóstol asegura que si los judíos hubiesen á Jesucristo, no hubieran dado muerte al Autor de la vida. (1) Los cristianos blasfemos saben quién es Jesucristo, y no obstante ultrajan su santo nombre. Los judíos no habían prometido creer y amar á Jesucristo como lo prometieron los cristianos en el Bautismo, luego mayor es su crimen, mayor es la injuria, y más execrable la ofensa que cometen los cristianos blasfemos que la ofensa de los judíos deicidas. ¡Oh! ¿quién diera agua á nuestra cabeza, dolor á nuestro corazón y llanto á nuestros ojos para llorar día y noche las maldades de nuestro pueblo? Cuando llega á mis oídos el bárbaro eco de la blasfemia, cuando veo que son cristianos los

que blasfeman, cuando considero bajo sus diversos aspectos ese crimen abominable, tiembla el corazón, estremécese todo nuestro ser, agólpase la sangre á la cabeza y levantando los ojos al cielo, exclamamos como el profeta: *¿Usquequó Domine?* ¿Hasta cuando, Señor, sufrireis á los blasfemos? *Exurge, Domine,* Levantáos, Señor, y juzgar vuestra causa. Perezcan los blasfemos delante de tu cara, y sean exterminados de la tierra hasta que no quede memoria de ellos entre los hombres.

Pero no, Dios es eterno y no tiene prisa. *Patiens quia æternus.* Día vendrá en que triunfante su justicia sobre su misericordia, agotada su paciencia y colmada la medida de la iniquidad, tomará venganza de todos sus enemigos.

Grande es sobre todo encarecimiento el pecado de la blasfemia por ser una ofensa directa, un ultraje inmediato, personal de la Magestad divina. Horrible crimen es blasfemar de aquel Dios omnipotente, en cuya presencia tiemblan los ángeles, á cuya mirada se estremece la tierra y arden los montes, á cuyo mandato enmudece el trueno, se amansan los mares y ceden los vientos. Horrible crimen es la blasfemia por dirigirse contra aquel Dios de quien tenemos el ser, el movimiento y la vida. Todos los pecados llevan consigo el carácter de la ingratitud, que es el peor de los crímenes, porque los comprende á todos, pero la blasfemia es la mayor y el más repugnante de los pecados. El blasfemo abusa del mayor beneficio que Dios le ahechó para ofender á su generoso bienhechor. La palabra es el más precioso de los dones con que

(1) 1.ª ad Cor. 2.

Dios ha enriquecido al hombre. El milagro de la palabra, le llama San Agustín; vehículo material y sensible del pensamiento, vínculo de unión entre el cielo y la tierra, entre Dios y la humanidad, segunda encarnación del Verbo eterno que ha tomado para cuerpo suyo, la palabra del hombre.

Y el hombre blasfemo, por un acto de monstruosa ingratitud se vale de ese don sublime para ultrajar la bondad de Dios que le colma de beneficios. Todos los seres tienen su lenguaje; y todos alaban y bendicen á su modo al Dios que los crió con su poder y los conserva con su amorosa Providencia. Alaban y bendicen á Dios los astros con su luz, los árboles con sus frutos, los mares con sus bramidos, el trueno con su voz, las aves con sus cánticos, todas las criaturas del cielo y de la tierra ensalzan y glorifican á su Criador. Sólo el hombre, en medio de este armonioso y universal concierto, abre su boca y escupe al cielo saliva de blasfemias y vómitos de embriaguez.

Y lo que no puede verse sin dolor en el corazón y sin llanto en los ojos, es la propagación de este crimen nefando de la blasfemia. Todo está lleno de este horrible pecado. Se blasfema en el libro, en el periódico, en la novela, en la estampa, en la caricatura, en el suelto, en el folleto y en la revista. Se blasfema en la cátedra, en el Parlamento, en la academia, en el Club, en el Ateneo, en los salones, en los cafés, en las tabernas, en las calles y en las plazas, en las ciudades y en las aldeas. Blasfeman los sabios y los ignorantes, los ricos y los pobres, los Padres y los hijos, los

ancianos y hasta los niños. Todo lo ha invadido la blasfemia; todas las bocas se habren para maldecir y escarnecer el nombre de aquel Dios que, si mira de reojo á la tierra, la tierra se estremece y si toca con su aliento las montañas, las reduce á pavesas. Blasfeman todos los malos cristianos y blasfeman de todo; de Dios, de Cristo, de la Virgen, de los Santos, de la Iglesia, del Papa, de los Sacerdotes, de la piedad, de los Sacramentos, y blasfeman ¡horror! de la Hostia sacramental.

¡Oh! Dios poderoso y justiciero! Verdaderamente sois eterno cuando tanto sufrís. ¡Hy de ti, sociedad moderna, rebelada contra Dios y contra su Cristo! ¡Ay de ti España infeliz, nación pecadora, apóstata de aquella fé que te hizo gloriosa en lo pasado y sin la cual no puedes vivir! ¡Ay de vosotros, pueblos prevaricadores, que poneis en el cielo vuestra lengua, pueblos cargados de iniquidad, descendencia envilecida, hijos degenerados, ¡ay de vosotros, porque blasfemais del Dios de vuestros Padres.

(1) ¡Ay de tí, blasfemo, que tienes al diablo por padre, (2) y hablas lenguaje infernal. No quedarán impunes vuestras iniquidades.

Una sociedad blasfema como la sociedad moderna no puede menos de sentir los golpes de la justicia de Dios. El fuego de su ira caerá sobre la frente de España y no quedará en esta piedra sobre piedra. No quedarán impunes las blasfemias de los hombres. Detestad vosotros un crimen que os haría infelices en el tiem-

(1) Isai 1.

(2) Joan. 8

po y en la eternidad. Detestad ese lenguaje propio del infierno y de sus moradores.

Por el habla se conoce el país, ó la nación á que pertenecemos. No somos los cristianos extranjeros ó peregrinos, sino amigos de Dios, hermanos de Jesucristo, ciudadanos de los Santos, llamados á gozar eternamente con ellos en la Jerusalen celestial, quien maldice ó blasfema, no es cristiano, es peor que un gentil ó un pagano y da bien á entender que el infierno es su destino donde se habla su lenguaje, pues la maldición y la blasfemia es el idioma de los condenados. *Galileus es, nam loquela tua manifestum te facit.* (1)

Por el lenguaje se dá á conocer el cristiano cuya vocacion sublime y dichosa consiste en alabar y servir á Dios en esta vida para gozar de su divina presencia despues de la muerte por toda la eternidad.

## RECIENTES APARICIONES

DE LA SANTISIMA VIRGEN  
Y LA SANTA MEDALLA DE LYON.

«Están llamando sobremanera la atención de las personas piadosas á cuyo conocimiento han llegado, las recientes apariciones de la Virgen Santísima sucedidas, en Valpolsella (Italia) y en Lyon (Francia).

La primera aparicion fue á un jovencito sordo-mudo de nacimiento, cuya madre le tenía encargado el apacentar un rebaño en las cercanías de la Ferraza de M. B. Un día se le

presentó una Señora desconocida que le preguntó si estaba dispuesto á regalarle tres ovejas. El pastorcillo, que nunca había proferido palabra alguna, respondió:

—Esperad, que lo diré á mi madre, por si gusta de ello.

Corrió á su casa y expuso el hecho á su madre, que al oír á su hijo, inesperadamente dotado del uso de la palabra, se llenó de estupor y exclamó:

—Corre, y dile que se tome las que quiera, y vuélvete luego á casa.

El jovencito volvió á donde estaba la desconocida, la cual, despues de haber sabido la respuesta de la madre, escogió tres ovejas de las más macilentas y se fué con ellas. Mas apenas se había alejado cuatro ó cinco pasos, una de las ovejas cayó en tierra muerta repentinamente, y á los pocos pasos más á otra le sucedió lo mismo. Al notar lo el pastorcillo llamó con insistencia á la Desconocida, á fin de que tomase otras más sanas; pero la señora, restituyéndole la oveja que había quedado viva, le dijo:

—¿Ves lo que ha sucedido hoy á las tres ovejitas? pues esto mismo sucederá dentro de poco á la poblacion del mundo. Una tercera parte solamente será preservada de la muerte imprevista.

Segun parece aquel pueblecito está consternado, puesto que poco despues morian seis personas de muerte repentina.

Esta aparicion tenía lugar en Enero del año último. La otra no es ménos importante y quizá más ruidosa, y tuvo lugar en Noviembre de 1882 y Enero del siguiente. Hay en Lyon

(1) Matth. 26.

una familia llamada *Coste*, de condición obrera, muy pobre, siendo el padre de oficio cantero. Ana María es la ultimogénita de esta familia y comúnmente la llamaban *Anita*. Tenía ya veinte años cuando no sabía aun lo que era gozar de salud, pues siempre estuvo sujeta á enfermedades de diversa índole, como ataques del pecho, lesiones de la columna vertebral, rumores varios, llagas muy hondas, de las que salían pedazos de huesos cariados. Tres años hacia se la había admitido en el hospital, donde soportó sin resultado diferentes operaciones quirúrgicas. De vez en cuando salía de aquel benéfico asilo, pero era para volver á él de nuevo. Para formarse una idea de lo que sufría basta saber que para poder sostenerse en pié necesitaba de un aparato de hierro. Pero si el cuerpo era débil, el espíritu era robusto, puesto que sufría no solo con resignación, sino también con alegría todos los dolores de su larga y penosa enfermedad, hasta el punto de que nadie la oyó nunca lamentarse en medio de sus quebrantos. Más aun no era el objeto preferente de sus súplicas el pedir á Dios que cesaran sus dolores y le diese la salud.

El 6 de Noviembre de 1882 se encontraba sumamente grave en el hospital con las cortinas del lecho tiradas. De pronto al anochecer oyó una voz dulce y clara que la llamaba

—¡Ana María!

No sabiendo que en el bautismo se le impusiera dicho nombre, creyó que llamaban á otra enferma; así es que no respondió. Mas la voz se dejó oír de nuevo y más cercana, y con tal suavidad que toda se conmovió.

Vió entonces su cama rodeada de celestial resplandor; y en medio de tan brillante luz, más refulgente que el sol de mediodía, se le apareció una Matrona de sin igual belleza. Riquísimo manto real la cubría desde los hombros hasta los piés, y una diademina de brillantes coronaba su cabeza sobre-humana. En el brazo izquierdo sostenía á un Niño, coronado también, y en la mano derecha llevaba un globo con una cruz encima dividida en tres pedazos. Arrebatada en éxtasis quedóse la jóven, y oyó que la aparición le decía:

—¿Sabes que te me he aparecido en la Imágen en que sueles dirigirme tus oraciones?

—Nuestra Señora de Fourvières, exclamó la jóven.

—Es verdad, soy la misma. Tu sufres mucho, y vengo á consolarte.

La inocente jóven buscó la medalla que tenía al cuello como para ponerse bajo la protección de Aquella que era la Reina del cielo y estaba á su presencia. Esta tenía en la mano una corona adornada de flores blancas, pero sin terminar. Cuatro flores había que llamaban la atención de Ana María.

—Esta es tu corona, le dijo la Virgen. Las cuatro flores que más sobresaltan son el símbolo de las cuatro virtudes que más te gustan á tí: 1.<sup>a</sup> tu gran devoción hacia mi persona; 2.<sup>a</sup> tu grande amor á la pobreza y á los pobres; 3.<sup>a</sup> tu devoción á las almas del purgatorio, 4.<sup>a</sup> tu abandono á la voluntad de Dios. Procura ganarte las flores que deben completar tu corona, soportando las pruebas que experimentarás aún.

—«Muchas veces, le dijo, he sal-

vado la ciudad de Lyon del enojo de mi Hijo. La salvaré aún de las próximas inundaciones. Pero si no se convierte, será la última vez. La abandonaré á los castigos que merece. Mucho tengo que hacer para detener el brazo de mi Hijo.»

Pocos semanas despues, á consecuencia de las continuas lluvias, el Saona y el Ródano, en medio de cuyos rios está la ciudad de Lion, en-grosaron de tal suerte, que los habitantes de dicha ciudad temieron una catástrofe. Ana Maria se apresuró á tranquilizar á su familia. En efecto, Lyon fué preservada por aquella vez.

A primeros de Diciembre, Ana Maria, sintiéndose un poquito mejor, pidió permiso para salir del hospital, pues deseaba agregarse á alguna Congregacion mariana el dia de la Inmaculada Concepcion. Lo obtuvo, pero el primer médico del hospital la encargó que volviese lo más pronto posible, pues quería hacerla otra operacion quirúrgica. Esta vez se fué, no á su casa, sino con la familia de Daguerri, que otras veces la habia acogido. Le dieron un cuarto al que se subia por una escalera de mano. Allí estaba en 2 de Enero de 1883, y todo el dia estuvo presintiendo otra aparicion de la Virgen, lo cual la llenó de vivísimo deseo á la vez que de santo temor. Cerca de las diez de la noche se retiraba á su cuartito, mas por tres veces estuvo incierta de lo que haria, subiendo y bajando sucesivamente la escalera. Por fin, vencién-dose á sí misma subió y se arrodilló cerca de la cama para rezar. De pronto vé agitarse los dos cuadros de las imágenes pendientes del techo; vé de nuevo el mismo resplandor de luz, y

en medio á la Señora vestida como la primera vez. El niño Jesús tenia un brazo al rededor del cuello de la Madre, y con otro sostenia un mundo con la cruz despedazada. El niño dirigió la vista á Ana Maria y se puso á llorar. La pobre jóven contemplaba esta escena fuera de sí, y habia interrumpido sus oraciones. Mas la Virgen le dijo:

—Continúa, hija mia, tus oraciones.

Rezó entre otras preces las Letanías; mas al llegar á las invocaciones, «Refugio de los pecadores, consoladora de los afligidos, rogad por nosotros,» notó que la Santísima Virgen levantaba los ojos al cielo, como para implorar clemencia. Acabadas las oraciones, Maria Santísima le dijo:

—¡Estoy muy afligida!

—¿Por mi culpa? respondió la jóven aterrada. ¿Qué he hecho que os disgusta?

—No eres tú quien ocasiona mis dolores, sino la ingratitud de mi pueblo. «Con arto trabajo consigo detener el brazo de mi hijo; ES NECESARIO QUE SE CONVIERTAN, QUE HAGAN PENITENCIA. Seria bueno que se hiciesen novenas en todas las parroquias y en todas las Congregaciones. Se podrian recitar «nueve Padre nuestros y nueve Ave-marias y nueve veces las invocaciones siguientes: MADRE ABANDONADA, RUEGA POR NOSOTROS. MADRE AFLIGIDA POR LOS CORAZONES INGRATOS, RUEGA POR NOSOTROS. Son estas las ÚLTIMAS SÚPLICAS que os pido para ap'acar el enojo de mi hijo.»

Luego la habló de los castigos que llevarán sus ingratos hijos si perseveran en sus culpas, y las gracias que

obtendrán si se convierten de veras á Dios.

La santísima Virgen llevaba pendiente del cuello una medalla. En un lado estaba figurada la misma Virgen, cual está pintada en Fourvières; en el otro había en su alrededor las invocaciones: «Madre abandonada, y Madre afligida por los corazones ingratos, rogad por nosotros;» y en medio «últimas súplicas para aplacar el enojo de mi Hijo.» La Virgen le hizo besar esta medalla, diciéndole:

—Desearia que se hicieran acuñar medallas semejantes á ésta para que mis devotos las llevaran visiblemente, pues prometo á quien la lleve mi protección.

—No querrán creerme, le respondió Ana á María, cuando les diga estas cosas. ¿Qué prueba podré darles?

—Y si yo te curo ahora mismo. ¿no será esto una prueba? ¿Quieres que te cure?

Si la jóven se hubiese atrevido, habría contestado que no pedía ni la salud ni la enfermedad, sino hacer en todo la voluntad de Dios, mas se calló, y ocultó el vivo deseo que tenía de que le diese por prueba la medalla que la Virgen traía en el cuello. María Santísima conoció este deseo y sonrióse. Le puso una mano sobre la frente y le dijo:

—Tu curación será la prueba que darás.

Al momento la jóven experimentó una fuerte conmoción. Estaba curada.

—Año nuevo, vida nueva, le dijo la Virgen, y desapareció.

Ana María permaneció aún algunas horas arrodillada, despues se acostó y durmió. Muy de mañana se

levantó, fué á oír misa, y vuelta á casa tomó dos cántaros y se fué á la fuente, como la persona más robusta y sana. Envió despues al hospital el aparato de hierro que antes necesitaba para sostenerse en pié, y continúa ahora gozando de salud. Y no solamente hay esta prueba de la aparición, sino otras y otras, pues el cuartito de la aparición se ha convertido en manantial de estupendos prodigios.

Por lo demás, á la jóven se ha aparecido otras veces la Virgen, instándola para que diese á conocer las últimas oraciones que pide para detener la ira de Dios por los pecados del mundo y manifestase el gusto que ella recibiria de que se acuñase la medalla y fuese llevada por sus devotos. En este mismo dia decia la jóven á una amiga.

*Las misiones Católicas.*

## VARIEDADES.

Hace poco M. Lesseps presidia en Lion una asamblea de la Sociedad Geográfica; su discurso se refirió á las dos gigantescas obras que immortalizan su nombre: Suez y Panamá. Al tratar de esta última empresa dijo textualmente estas palabras; refiriéndose á las *hermanas de caridad*. «Cuando ví que se expulsaban del suelo francés á las *Hermanas* las rogué para que fuesen á Panamá; allí están en número de sesenta y desde su llegada la mortalidad ha disminuido notablemente. No soy afiliado á ningun partido; pero no quiero á esos *liberales* que tiranizan la religion.»

Imp. de LA FIDELIDAD CASTELLANA.